



Revista de Occidente

Fundada en 1923 por José Ortega y Gasset

Directora:
Soledad Ortega

Directora de Redacción:
Magdalena Mora

Responsable de Edición:
Alfredo Taberna

Consejo Asesor:
Violeta Demonte, Juan Pablo Fusi, José Luis Gómez-Navarro,
Antonio Lara, Estanislao Pérez Pita, Gabriel Tortella, José Varela

Consejo de Redacción:
Estrella de Diego, Carlos García Gual, Josefina Gómez Mendoza,
Jorge Lozano, Antonio Ramos-Gascón, José E. Rodríguez Ibáñez,
Rogelio Rubio, Jaime de Salas, José Manuel Sánchez Ron, Bernabé
Sarabia, Vicente Verdú, José Francisco Yvars

Edita Fundación José Ortega y Gasset
Redacción y Publicidad:
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Teléf. 310 44 12
Teléf. Suscripciones: 447 27 00

Directora de publicidad:
Belén Nieto

Coordinadora:
Estrella Nicolás

Distribuidora: Comercial Atheneum, S. A.
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Teléf. 754 20 62

ISSN: 0034-8635

Fotocomposición: Fernández Ciudad, S. L. Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid
Fotomecánica: Ochoa. Miguel Yuste, 32. 28037 Madrid
Impresión: Closas-Orcoven, S. L. Paracuellos del Jarama (Madrid)

Representación simbólica y representación política: el mitin como puesta en escena del vínculo electoral

Francisco Cruces y Angel Díaz de Rada

En la democracia parlamentaria el paradigma del vínculo político es aquel que relaciona al elector con su elegido. Los mandatarios lo son en calidad de representantes que obtienen su poder por delegación en el proceso político que precede al acceso al cargo. Esta «batería», que se recarga cada cierto tiempo durante los períodos electorales, forma parte del proceso más general que desemboca en la constitución de una representación legítima.

Si buscamos los orígenes de la idea de representación política, encontraremos que nuestro sentido moderno de «representar» es una especialización derivada históricamente de otros usos más básicos. Los sentidos primigenios de «representación» eran el dramático, el simbólico/evocativo/figurativo y el legal. Por ejemplo, en el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias, de 1611, se lee lo siguiente: «Hazernos presente alguna cosa con palabras o figuras que se fixan en nuestra ima-

ginación. De ay se dixeron representantes, los comediantes, porque uno representa al rey, y haze su figura como si estuviesse presente; otro el galán, otro la dama, etc.» Y también: «Representar, es encerrar en sí la persona de otro como si fuera él mismo, para sucederle en todas sus acciones y derechos, como el hijo representa la persona del padre.» En el Diccionario de Autoridades prácticamente se repiten estas acepciones, pero van apareciendo especializaciones del sentido legal, prototipificado en los derechos de sucesión. Dichas variantes se refieren a la dignidad pública de la persona y a la relación con la autoridad: «Significa también autoridad, dignidad, carácter, ò recomendación de la persona [...]. Se toma también por la súplica o proposición motivada, que se hace a los Príncipes y superiores.»

Según Raymond Williams, los primeros usos de «representación» en lengua inglesa que portaban ya un sentido inequívocamente político de delegación sobre portavoces electos, incorporaban además un valor de «simbolización de un todo», de «hacerlo visible a los ojos» —es decir, el componente simbólico o evocativo. No se limitaban, por tanto, al sentido moderno de la ejecución de un programa en nombre de un cuerpo de electores. A propósito del parlamento inglés, por ejemplo, Carlos I pudo decir que era «el cuerpo representativo del reino» (*Keywords. A Vocabulary of Culture and Society*. New York, Oxford University Press, 1976, pág. 223).

Lo significativo en la acepción política moderna es pues la progresiva pérdida de este componente evocativo, mimético o figurativo implícito en los usos más antiguos. No obstante, Williams nos hace notar que en los usos contemporáneos del término se ha conservado una cierta complejidad polisémica. Alguien se erige en representante si cumple unas determinadas condiciones formales de elección democrática según la regla de la mayoría; pero también puede ser eventualmente impugnado como «escasamente representativo», o acusado de

no representar ya los intereses de quienes lo eligieron. De ahí la pertinencia política de las luchas semánticas por apropiarse de los significados legítimos de «representación», «representante» y «representativo», palabras que designan entre nosotros los modos aceptables de intervención en política.

Así pues, aunque la idea de representación política haya llegado a formar parte de nuestro sentido común, no todo en la representación es tan claro como querrían las definiciones cristalinas de la teoría política liberal y las codificaciones constitucionales de los Estados modernos. Según indican los avatares históricos del concepto y las luchas sociales que lo han acompañado, en la práctica de la interacción social el vínculo de representación resulta etéreo, abstracto, efímero, paradójico, incluso misterioso.

1. Es *etéreo* porque no existe un sustrato social evidente que encierre el vínculo de la representación. A diferencia del funcionamiento de una sociedad segmentaria, estamental o de castas, los grupos a los que se dirige están definidos de una manera vaga. En la mayoría de los casos ni siquiera se trata propiamente de grupos, sino de un cuerpo potencial de votantes individuales.

2. Es *abstracto* porque se establece en virtud de programas, ideas e intereses, dirigiéndose al ámbito de la razón y las razones. De ahí la visión del campo político como una permanente guerra retórica de cifras y argumentos.

3. *Efímero*, no sólo por la periodicidad con que se ha de renovar, sino sobre todo por lo que los politólogos llaman «volatilidad» y «desgaste» —la relativa facilidad con que desplazan las simpatías o antipatías hacia los personajes públicos.

4. Es *paradójico*, porque, como muy bien ha señalado Pierre Bourdieu, «si es cierto que delegar es encarar a alguien de una función, de una misión, transmitiéndole su poder, hay que preguntar cómo puede ser

que el mandatario pueda tener poder sobre aquel que le da poder («La delegación y el fetichismo político», en *Cosas dichas*, Buenos Aires, Gedisa, 1988, pág. 158).

5. El carácter de esta encarnación por la que el mandatario se pone en lugar de sus mandantes es inevitablemente *misterioso*, pues aparece siempre recubierto por la orla de la naturalidad –nada más natural para un líder que aparecer como líder a los ojos de sus liderados.

El presupuesto sobre el que basaremos nuestra argumentación es que, lejos de ser transparente o autoevidente, esta relación que en un sistema parlamentario vincula a gobernantes y gobernados requiere un elaborado trabajo expresivo. Es a través de dicho trabajo como la delegación del poder de muchos sobre unos pocos (y la subordinación política que ésta conlleva) se hace posible; esto es, creíble, pensable, visible, sensible, aceptable y natural para los representados. «Representar» en su acepción política («ponerse en lugar de alguien») complica de alguna manera «representar» en su acepción semiótica («significar») y cognitiva («traer a la mente»). De algún modo, ambas acepciones de «representación» se continúan entrecruzando hoy día en el campo político.

Normalmente este trabajo expresivo destinado a hacer pensable lo etéreo, sensible lo abstracto, visible lo invisible, material lo efímero, creíble lo paradójico y natural lo misterioso, suele ser considerado por los comentaristas desde la perspectiva de la «coyuntura» y de la «comunicación política»; es decir, desde el punto de vista del *marketing* electoral, de las relaciones de fuerza entre partidos y grupos institucionales, de las argucias estratégicas de los comunicadores y de la eficiencia de las inversiones en términos de votos e imagen.

Asimismo, en las ciencias sociales la tendencia dominante ha sido trazar una clara dicotomía entre tales formas de comunicación política explícitas, seculariza-

das, destradicionalizadas, individualizantes y desterritorializadas, y las propias del ritual político en sociedades premodernas. Sin embargo, la política-espectáculo y las maniobras instrumentales de los candidatos no serían posibles sin un fondo preexistente de convenciones compartidas que tienen su centro en la idea de representación. Ciertamente que los políticos recurren a tales convenciones sobre todo para manipularlas, para servirse de ellas; pero también para, paradójicamente, hacerse manipular por ellas. Es esa paradoja —el que para usar electoralmente una convención expresiva sea necesario someterse a ella— la que centrará nuestro análisis. A nuestro juicio, la racionalización implícita en estos modos modernos de presentación en público del vínculo político no significa necesariamente la abolición de formas anteriores. Más bien, lo que parece es que los ardidés de Maquiavelo se han de edificar ya sea sobre modalidades de acción y formas expresivas tomadas en préstamo de otros ámbitos de la vida social, ya sea sobre imágenes y comportamientos ritualizados que proyectan su *longue durée* sobre el espacio político.

Tres variantes del mitin en un contexto local: continuidad, carisma y academicismo

Debido a sus perfiles convencionalizados, pautados, ritualizados, el mitin como contexto de comunicación posee para el antropólogo un aire de familia con otras situaciones orientadas a obtener una *eficacia simbólica* a través de un patrón de acción estereotipado y recurrente. Las improvisaciones del «mitinero» son variaciones sobre un tema ya conocido de antemano por los asistentes. Para ilustrar con algún detalle las formas expresivas en las que dicha eficacia simbólica cobra cuerpo nos serviremos de tres ejemplos concretos, tres actos electorales observados directamente durante las municipales de 1991 y las generales de 1993 en una ciudad del cin-

turón urbano de Madrid: Leganés. Estas observaciones forman parte de una investigación etnográfica más amplia sobre valores y comportamientos políticos que desarrollamos durante esos años, interesándonos por las diversas sensibilidades políticas puestas en práctica por los agentes sociales de la ciudad. Su población ronda hoy en día las 200.000 personas, aunque hace tan sólo 40 años había unos 5.000 habitantes. Leganés forma parte de esos enclaves conocidos por el estereotipo de «ciudades dormitorio», que crecieron explosivamente como consecuencia del aluvión de población procedente de diversas áreas rurales durante los sesenta y los setenta. En los últimos años, todos estos asentamientos desagregados y dependientes de la ciudad de Madrid se han transformado en ciudades dotadas con infraestructuras modernas y una vida urbana propia. Nuestra intención al examinar tres casos concretos de expresión política en un contexto local es prestar atención a la construcción *empírica* del vínculo electoral. Acostumbrados como estamos a considerar el análisis de la «política» como un campo considerablemente abstracto, dirigido hacia la interpretación de los grandes problemas nacionales e internacionales, esta intención puede resultar algo chocante; no obstante, mediante esta estrategia de casos pretendemos penetrar en aquello que suele darse por supuesto cuando reflexionamos sobre «el sistema político general»: ¿sobre qué bases expresivas se levanta en realidad el vínculo social de la representación?

En Leganés, los socialistas llevan en el gobierno municipal desde 1977. Hasta hace tres años todos los alcaldes vinieron de Madrid. Tras una serie de forcejeos y dimensiones internas dentro de la agrupación local del partido, en las elecciones municipales de 1991 el alcalde saliente, que llevaba varios mandatos y era bastante popular, fue sustituido por otro. Este fue el contexto del primer mitin al que asistimos, una vez se solventaron las diferencias internas y el partido resolvió cerrar filas en torno al nuevo candidato. El presidente de la Comu-

nidad de Madrid, Joaquín Leguina, acudió para sancionar con su presencia el nuevo *status quo*.

El evento se desarrolló del modo que sigue. Primero hubo una actuación cómica, de unos treinta minutos. Los humoristas hicieron una serie de imitaciones en las que los políticos profesionales ocupaban su puesto entre un elenco de famosos: deportistas, actores, locutores de radio, miembros de la *jet...* Lo más llamativo fue la clara desconexión entre esta primera parte del acto y la segunda.

A continuación se sucedieron los discursos, empezando por el candidato y terminando por el presidente, con la intervención del alcalde saliente intercalada entre ambos. Los tres siguieron una pauta similar. Al terminar, quien estaba en el estrado presentaba al siguiente, cediéndole el puesto con un abrazo. El orador de que se tratase comenzaba recordando al público las muchas carencias que sufría la ciudad con anterioridad al acceso de los socialistas al poder, para luego enumerar los logros de éstos en materia de equipamientos urbanos y bienestar social. El referente de estos discursos era, indistintamente, la acción de los socialistas en el gobierno nacional, regional o local, en un marco temporal extenso que llegaba hasta la transición democrática de los setenta, e incluso hasta la época franquista. Esta referencia temporal se extendía aún más al criticar a la oposición, la derecha «de siempre», «de toda la vida» o «de siglos», los «períodos negros en la historia de España». Según cada orador se iba aproximando al final, cargaba el tono de su intervención con una mayor vehemencia oratoria y una densificación de las imágenes figuradas, de los eslóganes partidistas y de las invocaciones al público, pidiendo el voto y exhortando a la acción: «¡Animo y adelante!», «¡No va a ganar, no puede ganar la derecha!», «¡Por Leganés, por nuestra ciudad, gracias a todos!» «¡A votar! ¡A ganar!» El acto se cerró con un *tutti* de la música corporativa mientras se agitaban las banderas y desde el estrado los políticos aplaudían y saludaban.

a) Lo que el mitin presenta ante la audiencia no son, por supuesto, las relaciones de confrontación personal entre los candidatos (como acaso pudiera suceder en un congreso), sino una imagen idealizada de continuidad y relevo. Es posible percibir la homología existente entre este ordenado darse el turno de palabra entre alcalde y ex alcalde, con abrazo incluido, y el recambio pacífico en la alcaldía de la ciudad. El mitin sirve para cerrar formalmente las fisuras dejadas por el período preelectoral, cual un rito de restauración de un cisma.

Esto se hace por partida doble, de forma argumentada y teatral. A las referencias cruzadas entre los candidatos entrante y saliente, con agradecimientos y alabanzas recíprocas, se añade el importante espaldarazo jerárquico del presidente de la Comunidad mediante su intervención final. Continuidad, por tanto, en el relevo entre personas; pero también entre los diferentes niveles institucionales dentro del Estado (local, regional, nacional). Las alusiones de los discursos socialistas toman intencionadamente una perspectiva larga, de *longue durée*, resituando los problemas al nivel del sistema mundial y de la historia española en su conjunto. Se pone énfasis en su secular atraso y subdesarrollo, en el aislamiento internacional, en la lucha contra «la noche del franquismo». La transterritorialidad y transtemporalidad del ideario socialista se hacen tangibles en la permanencia de unos mismos emblemas y recursos simbólicos —las siglas, el puño y la rosa, el color rojo, el movimiento obrero. Esta pretensión de continuidad alcanza hasta el imaginario de la Revolución francesa, permitiendo afirmar al alcalde que el PSOE representa la llamada «de la igualdad, de la libertad, de la fraternidad».

b) La actuación humorística (como también el espectáculo musical, folclórico o de danza) sirve como señuelo para atraer público y como medio útil para preparar y «calentar el ambiente». Sin embargo, estos diversos agregados al acto propiamente político no sue-

len quedar bien integrados en él; más bien se trata de una mera yuxtaposición. Primero se ofrece un espectáculo; luego «se echa el mitin».

En otras ocasiones hemos podido encontrar esta especie de matrimonios de conveniencia o yuxtaposición parásita entre la expresión política y otros géneros de expresión e interacción. Hay que notar hasta qué punto la combinación del mitin con el humor, con la fiesta o con el banquete da origen a contradicciones que no dejan de prestarse a la ironía. Hay mítines en discotecas a los que asisten mayoritariamente ancianos, sin que nadie baile ni beba, y cenas con dirigentes económicos en las que, como nos decía un informante, «lo último que se hace es comer».

c) En tercer lugar, es notable la ordenación implícita en la secuencia de oradores, que es la que imprime al acto una especie de ritmo interno o esquema progresivo. Comienza hablando el alcalde, jerárquicamente inferior; termina hablando el presidente de la Comunidad, jerárquicamente superior.

Esta jerarquía expresa la posición de los oradores según su rango de representación. Pero también remite a un orden previsto de tensión ritual, un *tempo* interno. El mitin transcurre, típicamente, de lo menos a lo más inclusivo, de lo más local y periférico a lo más central y jerárquico, de lo inferior a lo superior. Y al tiempo tiempo pasa de menos a más carisma, de lo cotidiano a lo novedoso y esperado con expectación, del «frío» al «calor». Según este modelo, implícito en el comportamiento de los actores y en sus expectativas, el desarrollo del evento consiste en superponer ambos órdenes: por un lado, el plano conceptual de la jerarquía de representación; por otro, el plano sensible del tiempo de la acción. Cabría aquí recordar la distinción antropológica entre los polos ideológico y sensorial de los símbolos, y la capacidad de los rituales para integrar ambos polos en un movimiento de condensación. En este caso dicho movimiento consiste en que «a más representación, más ca-

lor» -esto es, más intensidad oratoria; más diálogo entre orador y público; más agitar de banderas; más entusiasmo partidista. El clímax se sitúa al final del evento, junto a los oradores de peso (los «grandes nombres»).

En cierto modo, el que lo local sea, políticamente hablando, lo más frío -lo menos susceptible de movilizar a la audiencia-, es una gran ironía; pues, hipotéticamente al menos, los oradores locales podrían dirigirse a los asistentes en su propio lenguaje; conocen mejor sus problemas y comparten algunas de sus luchas. En realidad, sin embargo, los mítines suelen ser «desembarcos» de las grandes figuras nacionales en el espacio local. A los responsables del lugar se les requiere sólo para convocar público e ir caldeando la intervención de los visitantes, más cercanos al poder central y tocados, en consecuencia, de un mayor carisma.

Cada interviniente imprime a su discurso una cierta progresión, con lo que el ritmo interno del acto resulta de una superposición de progresiones. Se da un *crescendo* en el interior de cada intervención, y otro que jalona las intervenciones sucesivas. Este *crescendo*, que es también un *acelerando*, se apoya en una densificación de los recursos expresivos. Hay una subida del tono de la voz. Aumenta la frecuencia de interrupciones por parte del público. Según se aproxima el final del *speech*, se agolpan las imágenes utópicas, las proposiciones imperativas y desiderativas, el habla figurada. Es característica, sobre todo, la confusión de predicción y predicación, por la que se entremezclan indistintamente lo que ya ha ocurrido, lo que puede ocurrir, lo que va a ocurrir, lo que debiera ocurrir y lo que se desea que ocurra.

d) Este tipo de clímax expresivo contiene tanto un valor estético de «cierre» como una pretensión performativa en el estilo de las profecías autocumplidas. Si uno afirma con suficiente convicción que va a ganar, en la medida en que esa afirmación resulte creíble aumentan sus probabilidades de que, efectivamente, los hechos futuros la confirmen.

Ciertamente, este mecanismo es, en parte, manifestación del *ethos* racionalista de la persuasión política contemporánea, el cual fuerza a los agentes a presentar lo que no es sino posibilidad, petición o deseo mediante un lenguaje de apariencia analítica que lo disfrace de realidad ya cumplida y evidente, o, lo que es casi lo mismo, de necesidad histórica. Sin embargo, el dispositivo simbólico al que remite este tipo de profecías autocumplidoras -«tenemos que ganar»/«vamos a ganar»- es de índole más general. Tiene que ver con la eficacia performativa de toda evocación simbólica, es decir, con la capacidad profética de las acciones rituales -desde la magia hasta el sacramento- para dar cuerpo a las creencias por el mero hecho de expresarlas. En ese sentido el mitin hace un uso intensivo, y típicamente ritual, de multimedia e incrementos estimulares para la producción de lo que podríamos llamar *imágenes celebratorias de un triunfo presentado*.

Entre tales imágenes destaca por su importancia la visión de *una masa unitaria en movimiento*. Dicha imagen es puesta tanto en acciones como en palabras. En el terreno de la acción, se busca la amalgama de los gestos del conjunto de los presentes en una especie de coreografía orquestada, con un ritmo simultáneo en el coreo de eslóganes, en el aplauso y el agitar de banderas. En el plano del discurso los oradores recurren una y otra vez a metáforas orientacionales y direccionales como «seguir andando», «marchar decididamente hacia adelante», «avanzar en las conquistas sin retroceder un paso», «dar el salto hacia el futuro», «alcanzar las metas», «continuar la marcha». La mayor virtud de esta imagen-*Potemkin* de un conglomerado humano tan decidido como acéfalo marchando imparable es el tipo de contaminaciones semánticas a que se presta. En una suerte de implícito hegelianismo, confunde cantidad, eficacia y legitimidad: la razón de los muchos, con las muchas razones; los éxitos electorales, con la superioridad moral; los logros y las mejoras económicas, con el respeto a la

regla de la mayoría. En esta lógica no se sabe qué es primero: ser muchos, ser eficaces o ser razonables.

Comparemos ahora, brevemente, el mitin anterior con otros dos de las fuerzas políticas adversarias, el Partido Popular e Izquierda Unida. La comparación destaca algunos rasgos comunes, y también algún matiz diferencial.

El mitin principal de la derecha en Leganés durante las últimas generales se realizó en un gran complejo comercial. Asistía como principal orador José María Aznar acompañado por parte de su plana mayor. Todo había sido cuidadosamente preparado: un gran despliegue de cámaras en el centro de la arena, un escenario en tonos azul celeste con el logo del partido, credenciales para la prensa, macetas en el proscenio, tarjetas de identificación para el servicio de orden, megawatios en abundancia para la música, banderitas de mano, pegatinas, globos blancos. Y público: media hora antes comenzaron a llegar autobuses con militantes de los distintos distritos de la capital. Esto se hace siempre en los grandes mítines. Hay que garantizar el lleno al líder, aunque sea preciso traer gente de fuera. Los militantes lo llaman «*toque a generala*».

El responsable del partido en Leganés pasó prácticamente desapercibido; ni tan siquiera subió al estrado. En cambio, Aznar se abrió paso a través de un largo pasillo por entre la gente: gritos y saludos entusiastas, aplausos, agitar de banderitas, seguidores que querían tocarle a su paso. La escena se reprodujo con creces a la salida, toda vez que los ánimos, después de los sucesivos discursos, se habían encendido un tanto. Aznar bebía niños, daba la mano, abrazaba, se dejaba empujar y acariciar.

Si en el mitin anterior veíamos una ritualización de la continuidad institucional e histórica en el PSOE, en este caso el PP se desmarca del universo de la derecha autoritaria española a través de una renovación de su simbología y sus modos de aparición en público. Nada

de banderas de España, formalidad ceremoniosa o estilos paramilitares. Hay una recreación mediática del carisma sobre la persona del líder haciendo verosímil su electividad como jefe del gobierno. Las cámaras lo recogen en olor de multitudes; rodeado por una masa ferviente; en mangas de camisa, sudoroso, cargando sobre su persona la identidad del país entero.

«González está detrás. Detrás de mí. Detrás del país.»

En esta metáfora teatralmente actuada, el orador usa su propio cuerpo como significante de posición. El y la Nación se confunden, dando la espalda al presidente del Gobierno —dejándolo en el pasado y en el atraso. La metáfora es ilustrativa del modo en que, en este modelo de mitin-espectáculo, la identidad del *nosotros* colectivo se construye a través de la presencia del líder, en un juego de interacciones con él. Hay un toma y daca que recuerda al de los conciertos de rock, cuando el vocalista deja irrumpir en su ejecución los coreos espontáneos del público. «¡Dales caña!», gritó un seguidor, interrumpiendo el discurso. «¡No hay que dar caña, sino razones!», replicó el político, acompañado de una ovación. Hay una especie de circularidad en esta relación que vincula al líder y sus seguidores. Aunque por momentos éste aparece como una especie de demiurgo, creador *ex nihilo* de todo ese entusiasmo colectivo, en realidad es él quien, por medio de ese acto, resulta públicamente sancionado y reforzado en sus pretensiones electorales.

En esta *producción mediática de carisma* destaca también la importancia de la entrada y la salida del líder. La espera de su aparición genera un sentido de *suspense*, así como la salida proporciona un sentido de cierre. Mítines de este tipo pueden considerarse auténticos ritos de paso destinados a investir al líder en su carisma —o al menos a producir esa imagen de investidura para que sea posteriormente difundida a distancia. A los pocos minutos de acabado el mitin, las masas de mili-

tantes desaparecieron en sus autocares con la misma facilidad con la que habían venido.

La valoración de este evento por la izquierda local fue ambivalente. Por un lado, todo el mundo reconocía que había sido un éxito: un estadio abarrotado de público; «ambiente» eufórico de adhesión y victoria; producción de una imagen de liderazgo creíble ante los medios. Por otro lado, se impugnaba con acusaciones de no haber sido más que un *show*, una «visita», un «paseo» por la periferia de Madrid. Esta dicotomía entre el *show*, la «farsa», el «circo», la «venta», el «teatro», el «mercado», por un lado, y la comunicación política legítima, centrada en «convencer», «reflexionar» o «informar de los programas», por otro, resulta central en las preocupaciones actuales de la izquierda. La campaña de Izquierda Unida en Leganés hizo explícita esta crítica a los mítines tradicionales al redefinir los suyos con un término alternativo: «actos informativos.»

El primero y principal de tales actos tuvo lugar en el salón de un centro del barrio. No hubo banderas, ni focos, ni música. Una mesa con cuatro «ponentes» [*sic*]; una pancarta con el logo y el eslogan, y una audiencia de unas ciento cincuenta personas, en su gran mayoría mayores de cincuenta años. También este mitin comenzó con las intervenciones de los responsables locales para cerrar con la del visitante de Madrid.

Frente a una atenta audiencia, dicho invitado se sumergió en una detallada explicación pedagógica sobre política impositiva y tipos de interés, argumentando por qué es necesario subir los impuestos. Con el patio de butacas ya medio vacío, el coordinador de la mesa hizo un resumen de lo tratado, abriendo un turno, más simbólico que real, de preguntas y respuestas. Pese a la jerga participativa que atravesaba el discurso de todos los oradores, con llamadas continuas al protagonismo ciudadano, lo más llamativo del acto fue la pasividad de los oyentes. No hubo tanto coloquio como lección magistral (o, mejor dicho, una lección magistral que se negaba

continuamente a sí misma. Al final, como gesto de cercanía, el ponente dio su número de teléfono a la concurrencia).

Estas observaciones sugieren cambios importantes en la cultura pública de la izquierda española. El abandono del ritualismo militante, tradicional en los partidos comunistas -con su culto secular basado en señas de identidad ideológicas y de clase- no ha conducido a abrazar por completo la cultura pública de los partidos *catching-all* -con sus estrategias de *marketing* político y de adaptación oportunista a la demanda. Más bien ha llevado a una acusada desritualización y desimbolización. Se huye del carisma y el personalismo, insistiendo en la explicación de los programas y el diálogo racional entre interlocutores en un ámbito local. Esta redefinición anti-espectacular y alternativa del mitin da como resultado actos sobrios, austeros, cerebrales, con un cierto tono para-académico. Evocan, por diversos motivos, las rutinas de las instituciones educativas y sus variantes autodidactas. A los que intervienen se les sigue llamando, en el viejo estilo, «compañeros», pero también, y no por azar, «ponentes». La ironía está en que, en situaciones como la comentada, los jóvenes ilustrados del partido corren el riesgo de acabar adoctrinando magistralmente a los viejos comunistas en las nuevas maneras de expresión.

Es cierto que existe también un esfuerzo por modernizar y actualizar las señas de identidad histórica del movimiento obrero, tanto en la dirección de los nuevos movimientos sociales como en la de las clases medias urbanas. Pero al desdramatizar la imaginaria combativa de otros tiempos, su ligazón con la cultura de clase y de acción que le dio nacimiento se pierde en buena medida, disminuyendo así su capacidad evocadora. Baste considerar el *jingle* de campaña, un *remake* del glorioso «No nos moverán» de la guerra civil. El himno colectivo de combate y resistencia es retraducido, con guitarras eléctricas y batería, en un estilo de cantautor *pop*. A la ne-

gación combativa y antifascista –«No nos moverán»– le viene a sustituir una afirmación tan rotunda como etérea: «Sí, sí, Izquierda Unida, sí. Como el viento libre, el pensamiento. Izquierda Unida, sí.»

Los mítines de Izquierda Unida sugieren, más allá del reciclaje de la simbología heredada, las dificultades para redefinir y democratizar el vínculo de la representación sin destruirlo. La intención es clara: autentificar la relación entre elector y elegido, desalienarla, hacerla abierta, igualitaria, dialógica, reversible. Pero ¿cómo dar encarnación y materialidad a una racionalidad política concebida como una pura razón reflexiva, desprovista de contaminaciones sensibles, intelectualizada hasta el extremo, donde lo que no sea «participación» es «pasotismo», lo que no «es activo» es «pasivo», lo que no es «informar» es «engañar», lo que no es «comunicación» es «manipulación»? La izquierda parlamentaria se encuentra así atrapada en este dilema entre el «vender» y el «convencer» (o, en otras palabras, entre la convicción ética de que la captación del voto no debiera ser un mercado, y la exigencia pragmática de concurrir a dicho mercado en igualdad de condiciones con los partidos competidores).

El parasitismo del orden político

En conclusión, ¿de qué modos trabajan públicamente estos actos el vínculo electoral? ¿Qué relaciones sugieren entre campo político y vida social?

1. En primer lugar, estas observaciones traen a colación el *carácter discursivo-racional de la expresión política moderna*. El mitin es una sucesión ordenada de discursos. Tal discursividad remite, sin duda, a una característica general de la modernidad: la disociación entre palabra y acción. Como ha indicado Honorio Velasco, los rituales modernos son ante todo rituales de la palabra («Palabras y rituales, palabras en ritua-

les, palabras rituales», en J. A. Fernández de Rota [ed.], *Lengua y cultura. Aproximación desde una semántica antropológica*, 1989, págs. 165-183).

A primera vista, este rasgo encaja bien con la autoconcepción ilustrada del campo político como dominio autónomo definido por el ejercicio de la elección racional y por la búsqueda de ventajas estratégicas en el marco de una competición constitucionalmente regulada. Ciertamente, lo que aparece en primer plano desde esta perspectiva no es un trabajo simbólico. Bien a la inversa, nos topamos con un trabajo de depuración de toda expresividad espontánea —una disolución de los vínculos primordiales que ligaban al político con una familia, con un lugar de procedencia, con un habla, con una clase social—, y su sustitución por esa especie de *lengua franca* universal de la racionalidad administrativa, orientada a fines. La autonomía del campo significa una tendencia a la estandarización lingüística, la neutralización de las connotaciones del lenguaje vulgar, la incorporación de jergas técnicas, la racionalización conceptual, el desdibujamiento de los componentes idiomáticos del habla. En suma, la tendencia a hablar un lenguaje propio, a «hablar como políticos».

2. En contraste con lo anterior, encontramos también una *presencia constante de formas expresivas tomadas en préstamo de otros campos de acción social*, ya se trate del mundo del espectáculo, de la religión, de la fiesta, del humor popular, del canto y la música, de la empresa, de la escuela, de la competición deportiva. Esta especie de *condición parásita de lo político* no está limitada al hecho de que los participantes en los mítines busquen encarnar y apropiarse de gestos evocadores tomados del mundo de la vida. Frecuentemente, las formas canónicas utilizadas como elementos constructivos del acto simulan o reproducen tales mundos. Hay mítines con sabor a parada militar, otros a concierto de *rock*, otros a conferencia erudita, otros a consagración religiosa. Hay mítines-fiesta, mítines-cena, mítines-marcha, mítines-colo-

quo. Y actos institucionales, como las inauguraciones y las conmemoraciones, que hacen uso del tiempo ceremonial del Estado como pasarela electoral.

Es indudable que tales formas expresivas poseen una eficacia simbólica mucho más inmediata que el mero discurso. Hablan, no ya a la racionalidad estratégica de electores individuales, sino a la sensibilidad y la identidad colectiva de actores sociales enraizados local y culturalmente. La representación política constituye un puente entre dos mundos: el mundo de las instituciones y el mundo social inmediato donde viven los electores. La profunda brecha existente entre ambos fuerza al agente político a jugar en campos que no son los suyos, y que se muestran refractarios a la racionalización. Le obliga a hablar un doble lenguaje y a negociar sus significaciones.

Nada mejor para mostrar hasta qué punto la autonomía del campo político es incompleta que atender a los usos metafóricos *en* y *sobre* la política. Es infrecuente que la política sea usada como modelo de otra cosa. Se dice de los parlamentos que son manicomios, o templos, o patios de vecindad. El Estado puede ser visto como casa, el partido como ejército, el debate electoral como batalla, la reunión de líderes como cumbre. Pero casi nunca ocurre a la inversa. Como instrumento cognitivo destinado a proporcionar una comprensión de lo menos conocido a través de lo más conocido, la metáfora sirve a electores y elegidos para dar cuerpo, sensorialidad, cotidianeidad y direccionalidad al campo abstracto y socialmente etéreo de la política formal.

En esta misma dirección, el exceso de significación metafórica durante los mítines supone un contrapeso a la neutralización y la pobreza significativa del discurso racionalizado de los políticos profesionales. Permite a éstos, con desigual fortuna, tender puentes de sentido hacia dominios mucho más densos simbólicamente y capaces de alcanzar a una amplia audiencia.

3. En tercer lugar, *el mitin es también una forma ri-*

tualizada de acción diferenciada en sí misma. De ella hemos destacado el ritmo interno que resulta de la superposición de secuencias oratorias; el uso de multimedia, de incrementos de estímulos y de comportamientos pausados para producir imágenes colectivas; su puesta en escena de la jerarquía de representación; su orientación a mover a la audiencia.

Tal dispositivo tiene una ambigüedad inherente. Oscila entre el sentido de *intensificación interna* y su funcionalidad exterior como *mensaje dirigido a otros*. Esta doble faz, que también comparten distintas categorías de eventos públicos contemporáneos, supone una curiosa combinación entre las funciones tradicionales del ritual comunitario –en el mejor estilo del análisis durkheimiano–, y el carácter mediático de estos actos como mensajes públicos. En ellos, los propios actores son perfectamente conscientes de las repercusiones extramuros de su expresión unitaria.

No obstante, ya se trate de producir imágenes de continuidad, de carisma o de racionalidad, se recurre a este dispositivo simbólico susceptible de proyectar sobre el vínculo representativo una *durée* que, yendo más allá de las razones de los candidatos, los resitúa en el corazón de la vida social –y, muy especialmente, en el corazón de las ideas/fuerza de la modernidad. Piénsese si no en el himno «No nos moverán», en las imágenes de una masa agitándose al unísono, o en las invocaciones socialistas a la *Libertad, igualdad, fraternidad*.

F. C. y A. D. de R.